



Por Yang
Fernández Madruga

Martí en la Celac

Uno de los principales deseos de nuestro Héroe Nacional, José Martí, era despertar algún día en una Latinoamérica unida. Sus escritos son el ejemplo latente de ese sueño que sus discípulos, de antaño y del presente, han compartido. Las cumbres de la Celac plantean metas esperanzadoras para alcanzar esa vieja añoranza.

“Lo que quede de aldea en América ha de despertar”, refirió el Apóstol en su conocido ensayo *Nuestra América*. Como un profeta, expuso la necesidad de buscar la redención de los pueblos, redención por la que apuestan los 33 países latinoamericanos que integran la Celac, desde su constitución en el año 2011. Esa fecha marcó la hora cero del esfuerzo, del entendimiento de nuestras naciones, el punto de partida

para limar las asperezas, para potenciar y apreciar lo autóctono.

El concepto del bien, de la ética ante todo que permea el ideario martiano es, en esencia, el mismo canto al logro común de los líderes en estas cumbres. Así lo demostró el presidente cubano Raúl Castro Ruz en el 2014 al declarar en La Habana a América Latina y el Caribe Zona de Paz, es decir, colocar al diálogo y el respeto como garantía de la seguridad en la región. El apoyo a los procesos de entendimiento entre las FARC-EP y el gobierno de Colombia es el ejemplo palpable de ello.

Nadie mejor que El Maestro para mostrarnos la opresión del hombre por el hombre, que aún permanece vigente en nuestras sociedades. La temática, recurrente en los debates de la Celac, ha contado con el respaldo de sus participantes para eliminar tan degradante actitud hacia el ser humano. La adopción de acuerdos en el evento para incluir a los indígenas en el

desarrollo de la patria grande también ha sido una prioridad, la prioridad que Martí calificó como indispensable en el progreso de los países.

Uno de los fundadores de esta Comunidad, el comandante Hugo Chávez Frías, describió la significación de las cumbres como el impulso más claro, en la historia contemporánea, para unir a los pueblos de la región y levantar una suerte de muro ante las posiciones injerencistas de los gobiernos proimperialistas. Ya advertía en más de una ocasión el más universal de todos los cubanos: “los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas”.

En la V edición de esta fiesta para la unidad en América Latina, realizada en República Dominicana, como en las anteriores, la esencia martiana de fe en el panamericanismo pervive. Esa savia eterna de nuestro Héroe Nacional emerge en las resoluciones que apoyaron la preservación

de la independencia de los estados de Latinoamérica y el Caribe, llamados al trabajo conjunto para erradicar males como la pobreza, el hambre, el desempleo, las políticas neoliberales, la guerra cultural y mediática y los daños medioambientales.

Cuba, siempre en la pupila de Martí, en el epicentro de su obra, en su sufrimiento por el yugo colonialista. Aunque libres de las viejas metrópolis, el lastre a nuestra soberanía aún persiste con el bloqueo genocida y la ocupación ilegal de la base naval de Guantánamo; pero, como lo quería el Héroe, Cuba no está sola: las voces solidarias de los miembros de la Celac se alzaron en favor de la eliminación de esas trabas que lesionan la economía, la independencia, y violan los derechos internacionales en la mayor de las Antillas.

“Patria es humanidad”, afirmó José Martí hace 122 años. Una frase breve, mas con un sentido tan amplio que trasciende las fronteras de nuestra pequeña Isla. Se ajusta a la misión que cada hombre en esta tierra debe cumplir para materializar la patria grande que el Apóstol soñó, la patria sin límites que la Celac propone.



Por Yasselys
Pérez Chaos

Puntadas

Siguiendo la cuerda del académico argentino Néstor García Canclini, en la ceremonia cotidiana de poner “cáscara” al “palo” hay consumo. Hay apropiación y uso de esos productos. Hay (o debiera haber) reproducción de la fuerza de trabajo y expansión del capital. Hay disputa entre los “consumidores” por los productos que la sociedad produce (o debiera producir). Hay distinción simbólica en la gente por lo que lleva, y por la manera en que lo lleva —entiéndase además la diferencia desde el binomio uso-ocasión. Hay integración y comunicación. Hay (o debiera haber) objetivación de los deseos-preferencias. Hay un proceso ritual.

No es que los seis modelos teóricos del consumo cultural de Canclini nos despejen todas las variables, pero sí nos enseñan la vía. Resulta complejo poner en cuartillas algunas ideas y opiniones (sin carácter científico) sobre el vestuario en la Cuba de hoy, sobre la “apropiación y uso” de la moda en Cuba. Aclaro, no es este un trabajo para abordar las torceduras de la industria textil en el país (aunque debiera serlo).

Pero, ¿dónde la gente puede hallar las líneas del diseño cubano? ¿Podemos hablar de moda propia? ¿Existe alguna política destinada a cultivar lo genuino desde el vestuario, para los “modelos” nacionales? La Semana de la Moda, que desde el 2015 sucede en La Habana, es un buen intento de resucitar los eventos que promuevan el diseño de ropa auténtica. Y el talento está: otra prueba fue la primera Bienal de Diseño de La Habana, en mayo pasado, que tuvo como subsedes a Camagüey y Santiago de Cuba.

El problema está en la alianza, demasiado reposada, entre los profesionales del diseño y la industria. Los proyectos se quedan ahí, en el vocablo; y al no encontrar reproducción, ganan las tendencias que imponen los viajes del trapicheo. La identidad se expresa a través de lo que —arbitrariamente o no— elegimos para moldear la imagen. En tal sentido, es inquietante la depresión de opciones que exhiben nuestras vidrieras. Nos hala el “sayo” la débil sincronía entre diseño, actualidad y variedad que trazamos desde dentro, sin ajustar el encaje con la socorrida puntada calidad-precio.

En diciembre del 2009, *Juventud Rebelde* publicó que la Unión de Confecciones Textiles del

Ministerio de la Industria Ligera contaba con 123 fábricas en todo el país, destinadas, fundamentalmente, a la elaboración de uniformes del sector estatal. Solo el 7 % de la producción que aportaban esos centros correspondía a la confección de piezas comercializadas en la red de tiendas recaudadoras de divisa. Cuántas pasarelas han llovido, y a juzgar por las perchas “estatales” el atuendo sigue *old-fashion*. Mientras no exista la infraestructura precisa, no podremos hablar de vestuario cubano, y por tanto, tampoco de correspondencias entre lo que apasiona y predomina como propuestas nacionales.

De igual manera preocupa otro “estilo”. Y es la propensión a la vestimenta en serie, a lo que todo el mundo trae sin más reparo que la carta de triunfo por ser “lo que se usa”. Para algunos, es imposible andar sin escuchar el grito del último maletín de Rusia o Panamá; para otros, este apego a lo industrial resulta tan raro y misterioso como el salto de Alicia a través del espejo. La cuestión es crear una imagen, una personalidad, una estética propia, sin caer en desarros ridículos.

La moda es modo de vida, pertenencia o exclusión a determinados grupos sociales, es información simbólica. Y si bien en la mayoría de los casos el gusto desborda la posibilidad, tampoco es cuestión (para los que puedan) de ir tras lo caro y hermoso que no siempre es lo hermoso y funcional, lo “ajustable”.

Porque, dónde queda lo sencillo y cálido, las marcas de boutique que blanden unas manos cercanas. Históricamente nos distinguieron las modistas de barrio. En el mayor de los casos por necesidad, pero una necesidad-sin remedio que completaba, satisfacía. Ya no. En lo personal he sido vista más elegante cuando llevo los diseños carísimos de abuela; cuando les gano a mis primas el tiempo de Chelita y sus artificios con el pedal. Ahora recuerdo aquella saya suya que se volvió uno de mis vestidos favoritos, o el tejido viejo hecho blusa que alentó al ropero de Liset.

Muchos cubanos vestimos con lo que nos cae a la mano, pero no debemos descuidar la individualidad. Hacer una pinza, poner un lazo, coger el trozo de tela olvidado y volverlo una pieza a la medida exacta —en talle y esencias— nos cose más “moda”, más gracia. No solo vamos perdiendo el deshilado y las alforzas de la costura doméstica, sino la posibilidad del arraigo textil, de la cubanía que pudiéramos cubrir con mantas propias. Cuidado, en esos desamparos siempre hay algo de azaroso. Y no es exagerada vocación por la sospecha; aquí, meras puntadas.

Controlar: de lo metafórico a lo real



Por Enrique
Atiénzar Rivero

No creo que Oscar Angulo, director de la Unidad Empresarial de Base de Aceites Comestibles de Camagüey, escogiera la metáfora con el objetivo de demostrar dotes estéticas, sino para, mediante un sentido educativo y práctico, delinear la fórmula de concebir un traje a la medida en el ejercicio del control interno.

El auditorio reunido en el resumen final de la XI Comprobación Nacional de Control Interno, convocado por la Contraloría General de la República, debe haber entendido, como yo, lo que quiso decir cuando utilizó el término: los “sastres”, que en su concepción no son los que crean prendas de vestir, sino modelan la manera de que en los centros laborales primen la exigencia, el orden y la disciplina.

Esas tres palabras son claves para que los colectivos no sean sorprendidos con irregularidades, como las detectadas en la UEB Comercializadora de Productos Agropecuarios de Guáimaro, en la Empresa de Ferrocarriles Centro-Este y en una de sus UEB en Camagüey.

En la primera entidad fue determinado un presunto hecho delictivo. Sus directivos no reconocieron la entrada de 58 849 libras de diferentes tipos de viandas y frutas, con un valor de más de 35 000 pesos, destinadas finalmente al área proteica. En Ferrocarriles, los problemas tienen que ver más con cuestiones organizativas, con el mal estado técnico de las locomotoras, del parque tractivo de los vagones ferroviarios de carga y de los coches de viajeros de trenes locales, así

como con las cancelaciones de viajes.

Como Aceites Comestibles, con un resultado aceptable, también estuvieron en la comprobación la cooperativa no agropecuaria Tiempos Nuevos, dedicada a la construcción, y Acopio Florida que, con señalamientos en anteriores ejercicios, reaccionaron positivamente en la recién concluida supervisión.

Como dijo alguien: el control interno no puede interpretarse de otra manera que como el traje a la medida de cada empresa, porque dos unidades, aun de un mismo sector, no operan igual, en ambas existen diferentes especificidades.

Lo que no debe pasar es lo sucedido en la entidad de Guáimaro. Hace tres años, en otra auditoría, se detectaron problemas, y ahora el escenario es mucho más grave: la presunción de un delito con implicación penal.

Ha quedado claro que donde hay cohesión, donde los directivos se ocupan de lo que tienen que ocuparse, actúan apegados a las normas y arrastran tras de sí a los trabajadores y los hacen partícipes conscientes, no hay barrera que se interponga ante los “sastres” de la economía. La improvisación no cabe en cuanto al control interno. Todo está escrito. Si cada cual ocupa su lugar y destierra la monotonía, la falta de acometividad y asume el cambio como una necesidad, el panorama será otro.

Habrà que seguir la idea de la Contraloría General, Gladys Bejerrano, expresada en Camagüey: “La contabilidad no es para almacenar cifras”, constituye una de las herramientas esenciales de las ciencias de los números y los datos, junto a otros paradigmas, para que los “trajes” sean cosidos con tino y los “sastres” alcancen notoriedad en el empeño de que la economía cubana sea sustentable y próspera.